

Primer capítulo del libro
Dejar a Dios ser Dios - Imágenes de la divinidad,
de CARLOS VALLÉS;
Editorial SAL TERRAE; Santander, 1997

Dime a qué Dios adoras

Muchas veces me han hecho esta pregunta en la India: «¿Qué le ha dado la India a usted?» Y la última respuesta que doy es: «La India me ha ensanchado y enriquecido el concepto que yo tenía de Dios..., y ése es el mayor favor que me ha hecho y jamás me podía haber hecho».

Digo que ésa es la última respuesta que doy, porque a mí mismo me ha costado llegar a la claridad y finalidad de esa fórmula. Llevo casi cuarenta años en la India, y al principio, aparte de que nadie me hacía la pregunta, tampoco se me hubiera ocurrido a mí dar esa respuesta. Peor todavía, al llegar a la India yo iba a «dar», no a recibir; a enseñar, y no precisamente a aprender. Yo era quien iba a hacer «algo» por la India, no ella por mí. No sabía yo entonces que todo verdadero aprender es mutuo; que el saber no es tráfico de «dirección única», sino de «ida y vuelta»; que para dar hay que abrir la mano (y el corazón), como para enseñar hay que abrir la mente y las

ideas, y esa mano y esa mente y ese corazón abiertos quedan así dispuestos a recibir, a dejar entrar, a ser fecundados hermafroditamente por el mismo entorno que ellos han ayudado a fecundar. En favorita paradoja oriental —y vayamos ya aprendiendo del Oriente, solar ancestral de la paradoja—, dar es recibir, y enseñar es aprender.

Mis primeras respuestas, cuando la pregunta «¿Qué le ha dado la India a usted?» comenzó a surgir en círculos de colegas y en entrevistas de periodistas, eran, por más que verdaderas, superficiales. La India me ha dado amistad, y es verdad, porque mis mejores amigos, gozo y plenitud de mi vida, son indios. Pero también me imagino que mis mejores amigos serían japoneses si hubiera vivido cuarenta años en el Japón. La India me ha dado éxitos académicos, y más aún literarios, con una generosidad que ya hubiera sido más difícil esperar en climas más críticos y exigentes. Esto es parte ya de esa gran virtud y cualidad generosamente oriental y específicamente india que es la hospitalidad —no soñada en Occidente— de casa abierta al huésped súbito y de mente amplia ante el interlocutor diferente. Hospitalidad, hostelera y filosófica, de la que me he servido hasta el abuso, de casa en casa y de familia en familia, y que me ha dado —don ya más íntimo y valioso— el sentido de pertenecer, de ser aceptado, de formar parte, de tener familias (pocas) que considero como mías, y otras (muchas) que me consideran como suyo, y de hablar, sentir y escribir desde dentro de la cultura india, sin tener que pedir permisos ni dar explicaciones, con derecho a disfrutar y a disentir y a ver el mundo de manera distinta sin miedos ni censuras. Carta de hermandad en un nuevo pensar.

Y de ahí fueron saliendo respuestas diversas a la repetida pregunta. ¿Qué le ha dado a usted la India? Amplitud

de miras, una nueva visión, un festejo lingüístico, métodos prácticos de meditación inusitada, ecumenismo callejero, y el contacto multitudinario de filosofías múltiples y misticismo popular. Según iba yo profundizando en entender a la India y entenderme a mí mismo, iba formándose dentro de mí, sin yo mismo saberlo, la respuesta que iba a resumir todas las demás respuestas y relegarlas al pasado, porque todas no eran más que fragmentos que iban a fundirse y cobrar pleno sentido en la revelación final.

La revelación llegó, clara y espontánea, en un momento concreto que recuerdo bien. Ishwar Pétlicar, querido y admirado colega y escritor, me estaba haciendo preguntas un día, papel y lápiz en mano, para un reportaje en su revista, y hacia el cierre de la entrevista me dijo: «Usted le ha dado mucho a la India, le ha dado su trabajo, su vida, sus libros que tanto bien han hecho a tantos; y ahora le pregunto yo en curiosidad recíproca: ¿Qué es lo que la India le ha dado a usted a cambio?» Y allí fue donde, en el calor de la entrevista y la sinceridad de la amistad, la respuesta me salió entera y directa: «La India», le dije de sopetón, «me ha agrandado el concepto que yo tenía de Dios, y eso es lo mejor y más grande que por mí podía haber hecho». Pétlicar, periodista que era al fin y al cabo, mantuvo el lápiz un momento inmóvil sobre el papel y me miró con una mirada ligeramente suspicaz que quería decir: ¿No me estás metiendo un cuento tú ahora? ¿No te me estás escapando por la tangente? ¿No me estás dando una respuesta piadosa, un cliché teológico, cuando lo que yo quiero es una respuesta atractiva y periodística para los lectores de mi revista? ¡Vamos, anda, apéate de una vez y dime algo más concreto que pueda anotar mi lápiz! Nos conocíamos y nos queríamos demasiado el uno al otro para engañarnos; entendí su mirada y le expliqué la respuesta.

La explico ahora. Mi conducta queda determinada por mis creencias, y mis creencias están regidas por la suma creencia, que es la fe en Dios. El concepto que tengo de Dios es lo que en definitiva preside mi vida y marca mis convicciones. No hay más que ver a los dioses homéricos para entender el carácter griego en tiempos de Homero, y hay que estudiar la mitología de la selva africana si uno quiere explicarse la conducta de sus tribus. Dime a qué Dios adoras, y te diré quién eres. Y eso no sólo de religión a religión, sino dentro de un mismo credo y un mismo bautismo. Dime cómo concibes a Dios, cómo lo llamas, cómo le rezas, cómo te lo imaginas cuando le hablas, cómo interpretas sus mandamientos y reaccionas cuando los quebrantas; dime qué esperas de él en esta vida y en la otra, qué sabes de él y has leído de él y crees de él..., dime todo eso y me habrás contado la biografía de tu alma. La idea que una persona tiene de Dios es el compendio de su propia vida.

Y esa idea, en mí, hubiera sido mucho más limitada y descolorida si no hubiera venido a la India. Aquí es donde mi teología personal cambió a ritmo de trópico, mi concepto de Dios se abrió a nuevos rasgos y nuevas teofanías, y con él se abrió mi vida, se ensancharon los horizontes de mi pensamiento y el ámbito de mi conducta. La India es subcontinente ecuménico a fuerza de historia y geografía. No sólo coexisten en ella formas tan distintas de entender a Dios como el monismo del Vedanta y el animismo de los millones de aborígenes; no sólo se aceptan y se practican en su suelo casi todas las religiones mayoritarias del mundo, sino que topa uno con ellas, cara a cara y corazón a corazón, en personas de trato diario, en la conversación y en la amistad. No es ecumenismo de biblioteca ni de revista interconfesional o conferencia anual, sino de encuentro vivo y constante y

personal. Aquí las ideas tienen rostro, y las diversas religiones tienen nombres de amigos y conocidos. Esa es la bendición larga y profunda de este país sagrado, donde el calor de los monzones (que van a jugar inesperadamente un papel importante en un momento clave de esta historia) acaricia el pensamiento religioso como cosecha favorita de sus campos eternamente abiertos.

Siento que Ishwar Pétlicar no vaya a leer estas páginas. No porque no sepa castellano (pues al menos le habría encantado ver su nombre en un libro cuya lengua no conocía, y ya le habría traducido yo el sentido), sino porque ya no está. Me pidió que presidiera yo la fiesta que sus amigos y admiradores preparaban para su sesenta cumpleaños. Me sentí honrado y accedí encantado, y sólo le puse, medio en broma medio en serio, una condición: que él presidiera mi fiesta cuando yo cumpliera mis sesenta. Sellamos el pacto, y yo cumplí mi parte; pero él no pudo cumplir la suya. Un día, en plena carretera, hizo parar el coche porque le fallaba el corazón. Se le abrieron todos los hospitales, pues todos conocían al escritor popular, y lograron frenar el primer embite. Pero una recaída a los pocos días se lo llevó. Cuando sus amigos nos reunimos para revivir nuestros recuerdos en tributo póstumo, yo señalé el don de la pregunta oportuna que liberó la respuesta encerrada dentro de mí y que, para mí, estará ya siempre unida a su memoria. La India me ha ensanchado el concepto de Dios, y ése es el mayor favor que podía haberme hecho.

En esa idea hay algo más que una experiencia personal o una biografía íntima. La crisis religiosa que vivimos es crisis de valores, de credibilidad, de instituciones, de fe, de sentido de la vida y el peso del dolor del hombre; y,

ahondando más en cada uno de esos problemas, del concepto de Dios que subyace a todos ellos y que da origen a esas manifestaciones diversas de una misma inquietud vital. ¿Quién y qué es ese Dios que pide esos valores, esas instituciones, esas costumbres, esos sacrificios, o deja de pedirlos? Toda una generación de creyentes ha aprendido un concepto legítimo pero limitado de Dios (todos los conceptos humanos de Dios son limitados); se encuentran, por educación o por carácter, sin posibilidad de alternativa o voluntad de ampliación en su rígida catequesis y, al encontrar situaciones en la vida que no encajan con ese concepto, dejan el concepto y dejan a Dios. Es decir, dejan al Dios que conocían. Si lo hubieran conocido mejor, no lo habrían dejado. Hay que ampliar la catequesis, hay que abrirle ventanas al alma, hay que dejar a Dios ser Dios. La mejor manera de contrarrestar el ateísmo —misión de misiones en el mundo de hoy (y quizá de siempre)— es entender mejor a Dios. Nada menos que ésa es la ambición quijotesca de este libro.